

Plan de Lecturas
Río Negro

Un buen plan

Mónica de Torres Curth

Serie: Cuentos y relatos para
adolescentes, jóvenes y adultas/os

**“¡A LEER,
RÍO NEGRO!”**



Ministerio de
Educación y Derechos Humanos



Esta obra forma parte la colección

“¡A Leer, Río Negro!” Serie: Cuentos y relatos para adolescentes, jóvenes y adultas/os de autoras/es rionegrinas/os, convocatoria 2025 del Plan provincial de Lecturas Río Negro, recomendada por referentes pedagógicos de Educación Secundaria, todas las modalidades, y Educación Básica de Jóvenes y Adultas/os, del Ministerio de Educación y DDHH.

Un buen plan, de Mónica de Torres Curth

Género: *Narrativa*

Colección ¡A leer, Río Negro! PLRN

Serie: Cuentos y relatos para adolescentes, jóvenes y adultas/os.

Coordinadora de colección, corrección y edición: Iris Giménez

Diseño y Diagramación: Comunicación Institucional

Ministerio de Educación y Derechos Humanos de Río Negro

Plan de Lecturas Río Negro. Área Cultura.

Dirección de Educación Física, Artística, Deportes, Cultura y Clubes Escolares

cultura.defadcyce.RN@gmail.com

Río Negro, República Argentina.

2025-2026

Gobernador
Alberto Weretilneck

Ministra de Educación y DD.HH
Patricia Campos

Secretaria de Educación
Silvia Arza

Directora General de Educación
Marcela Strahl

Directora Educación Física, Artística, Deportes,
Cultura y Clubes Escolares
Angélica Romani

Coordinadora Plan de Lecturas Río Negro
Iris Giménez



Ministerio de
Educación y Derechos Humanos

Un buen plan

Mónica de Torres Curth

Imaginate que tu deseo más grande en la vida es ser médico. O abogado, o veterinario. No sé, arquitecto, ingeniero. Quizás porque conocés a uno que trabaja en tu pueblo, o porque querés salvar vidas, defender causas justas o hacer grandes cosas. Es un deseo que crece desde hace mucho y se fue fortaleciendo dentro tuyo. La cosa es que cada noche cuando te vas a acostar, no podés dormir pensando en que, quizás, podrías irte a estudiar a alguna parte y volver cuando te recibas, a trabajar aquí. Sentís desde ahora ese regocijo y hasta empezás a pensar a dónde podrías irte, porque acá no podés estudiar eso que querés. Te gusta tu pueblo, creciste en este lugar. Te asusta irte, pero también te gusta pensarte regresando con una profesión.

Los deseos son locomotoras si se los alimenta. Tiran y empujan, aunque uno sepa que adelante hay un abismo. Imaginate que decidís hablarlo con tu familia y que para ellos también es un buen plan, que igual que vos tienen miedo y que deciden apoyarte. Tu mamá ya fantasea con verte volver con el título y empieza a pensar en sacar la foto del casamiento de los abuelos para poner tu diploma enmarcado ahí. Tu papá mueve los bigotes con una sonrisa torcida y se hace el que tose, mientras piensa cómo van a hacer con la plata. Pero él también sueña y piensa que de alguna manera se van a arreglar. De reojo mira a tu mamá que se enrosca el repasador en las manos mientras te escuchan hablar de tu futuro. Vos te ponés en marcha, trabajás, juntás una platita y no gastás ni en una cerveza, porque sabés que vas a necesitar todo lo que puedas ahorrar. Tenés buenas notas, te gusta estudiar, te gusta leer y tu sueño es cada vez más robusto. Medicina elegís. Les contás a tus amigos, a tus parientes, a tus vecinos.

Imaginate que terminás quinto y te anotás por Internet. En el colegio tus profes y tus compañeros te alientan. Tu papá no te dice nada, pero tiene unos ahorros y te da algo de plata para el inicio. Que vas a tener que arreglarte con poco lo sabés, pero nadie habla del tema, no sea que te arrepientas. Ya conseguiste una pensión y se acerca el día en el que tenés que irte. La abuela te regala una mantita de lana tejida a mano para las noches de frío. Ella nunca salió del pueblo, pero se imagina que frío hace en todos lados. Tu mamá te hace una caja con comida casera para los primeros días hasta que te acomodes. A vos todo te da mucho miedo, pero preferís que no se note. Tu tía te regala unos cuadernos para tomar apuntes de las clases y unos marcadores. Cuando piensan que no te das cuenta, tu mamá lloriquea por los rincones y tu papá te mira. Creés que tienen miedo, pero también que se sienten orgullosos. Tus hermanos menores te ven grande, te ven gigante. Y llega el día.



Imaginate que estás en el parador del colectivo. La ruta cruza el pueblo por la mitad pero hoy la mirás como si fuera la primera vez que la ves. Te acordás de cuando era de tierra. Algunos viejos, parados en la vereda, achinaban los ojos cuando se veía a lo lejos la nubecita de polvo que empezaba a acercarse. Te resueñan en los oídos los gritos de alguna madre que hacía salir a los chicos de la calle hasta que pasara el auto, incluyéndote a vos, que siempre jugabas a la pelota ahí. Te viene a la mente ese momento de tu infancia en el que, sin importar si había viento o no, cada auto traía una nueva ola de polvo para que se depositara sobre las hojas de los árboles, las pocas flores de los jardines, las hamacas y el tobogán de la plaza y el monumento seco de la entrada. Después, el silencio otra vez. Y volvías a la calle con los otros chicos y lo único que se escuchaba eran los gritos de gol.

Ya hace rato que no jugás a la pelota en la calle, ahora te sentás a la sombra de los árboles, que crecieron un montón como vos, y tomás mate con tus compañeros. Mucho no hablan. Te acordás que un día viste pasar dos bueyes que seguían a un hombre y pensás que hay ciertas cosas que no cambian. El tipo llevaba apoyada una vara sobre el yugo. No les pegaba ni nada, solo los nombraba y ellos lo seguían, con ese palo enorme pesándoles en el cuello. Parado esperando el colectivo y rodeado de toda tu gente pensás también que esa paz de tu pueblo también puede ser un yugo y no querés eso. Algo te tironea para afuera. Ahora la ruta ya está asfaltada, se ve ir y venir desde los horizontes. Siempre te preguntaste cómo sería seguirla hasta el fin.

Imaginate que el colectivo te lleva directo a la terminal de La Plata. Es febrero y cuando llegás hace un calor insoportable. No es que vos no estés acostumbrado, pero este calor es distinto, porque el aire es pegajoso y te cuesta llenar los pulmones. Llevaste más cosas de las que podés cargar vos solo, pero por suerte, una prima que hace mucho que no ves, te está esperando y te ayuda con los bolsos y las cajas. Se tienen que tomar un taxi porque no pueden con todo. El taxista está de mal humor y se molesta porque tiene que bajarse a abrir el baúl. Le das la dirección que llevás anotada en un papelito porque te dijeron que tengas cuidado con el celular, que te lo manotean y te lo sacan a la pasada. Sentís algo indecible, como una mezcla de miedo y deseo. No es como lo imaginabas. Lo que más te agobia es el ruido. El taxi cruza las esquinas sin bajar la velocidad y se pasa algunos semáforos en rojo. El tipo no para de hablar, pero vos no lo escuchás ni le querés contestar. Le pregunta algo a tu prima sobre la dirección y ella le contesta con seguridad.

La pensión es un edificio viejo de tres pisos, con las paredes algo descascaradas. Sale una mujer a recibirte, es increíble que ya sabe todo de vos. Te pregunta como una ametralladora. Vos hablás poco, más porque estás asustado que por no querer contestar.



Te lleva a la pieza por una escalera que tiene los mismos mosaicos que la cocina de tu abuela. Vas a tener un compañero, pero todavía no llegó. Un chico de Entre Ríos, parece. La habitación es oscura y tiene el techo muy alto con una mancha de humedad en una esquina. Podés elegir cuál cama vas a usar porque llegaste primero. El armario tiene dos puertas, una para cada uno. Una lámpara con cable largo cuelga en el medio de la habitación. Elegís la cama que está al lado de la ventana, eso te da la ilusión del aire que necesitás. La ventana da a un patio interno que parece más una selva que un patio. No recordás haber visto plantas con las hojas tan grandes. Se escuchan algunos pájaros y se siente olor a moho. Hay una mesita con dos sillas donde la mujer dice que podés estudiar. Ponés tu mochila sobre la cama. Tu prima le pregunta a la mujer si podés cocinar y ella dice que la cocina es de uso común y enuncia una cantidad de reglas de las que no podés acordarte ni una. A un costado hay una pava eléctrica apoyada en un banquito de plástico. No dejes la yerba tirada por cualquier lado te dice a vos la mujer y vos asentís a lo obvio. Para lavar ropa vas a tener que ir al patio. Ahí hay una pileta. Fijate cuándo lavás porque acá no se seca nada dice tu prima, y vos ya extrañás el sol. Te abraza y se van, tu prima y la mujer, que te tiende un llavero con las dos llaves, la de la pieza y la de la puerta de calle. No las pierdas porque te voy a tener que cobrar las copias, te dice, retándote por anticipado otra vez.

Cierran la puerta y te quedás sentado en la cama, mirando por la ventana. Hay un pájaro parado en un tallo de una hoja gigante. Monstera te dirán después que se llama la planta. El pájaro te mira, como dándote la bienvenida que estabas necesitando. No tenés muchas ganas de explorar la pensión, así que acomodás tus cosas en el armario y dejás la caja con las cositas caseras que preparó tu mamá en una esquina. Una cucaracha pasa corriendo adelante tuyo y se esconde abajo del armario. No te dan asco, nunca habías visto una.

Al día siguiente, a la mañana, tenés la primera clase del curso de ingreso. Querés estudiar antes de ir, porque tenés miedo de no saber lo que pudiera hacer falta. Te ponés unas ojotas que menos mal que trajiste, un pantalón corto y te cambiás la remera. Salís de la pensión a caminar un poco. El calor pegajoso no cede y sentís la piel húmeda. Te caen unas gotas por la frente. Ves un kiosco, una verdulería, una venta de empanadas al paso y te fijás dónde vas a tener que tomar el colectivo mañana.

Imaginate que vas a tu primera clase. Son miles, miles de pibes como vos que se mueven por las veredas, los patios, los bancos, las aulas, con mochilas de las que cuelgan pañuelos verdes, todos en pantalones cortos y ojotas porque hace calor. No entendés a dónde tenés que ir y te sentís nadie. Algunos caminan con seguridad, otros charlan, otros miran para todos lados igual que vos. Alguien se te acerca, te dice que es del centro de estudiantes, te da unos papeles y te explica dónde tenés que ir. Cuando llegás ya no encontrás sillas vacías. Te sentás en el piso y te acom



acomodás contra la pared para poder anotar todo. La profesora habla de una forma en la que nunca escuchaste hablar a nadie. Habla de un modo que te hipnotiza, no atinás a anotar nada porque sólo querés escucharla. Habla de la medicina como herramienta social, de la salud como derecho y de tantas cosas en las que nunca habías pensado, pero con las que estás ciento por ciento de acuerdo. Te sentís extasiado y pensás en lo bien que hiciste en dar este paso. Todo es nuevo, poderoso y energizante, a la vez que difícil y aterrador.

Imaginate que pasaron unos meses y que mañana tenés un parcial. Mirás por la ventana de tu habitación la claridad gris del patio y volvé la mirada al cuaderno mal iluminado por el foquito del techo. Tratás de concentrarte en tu apunte. Con el lápiz negro marcás eso que creés que es importante. Te cuesta entender ahora qué es lo importante. La hora del mate es la peor. Extrañás. Ponés agua a calentar y yerba en la calabaza que te mandó la abuela. La yerba llegó en la encomienda la semana pasada. No entiende tu mamá que es mejor que te mande la plata, que vale menos acá en esta ciudad húmeda y ruidosa. Igual agradecés, eso te enseñaron. Así que cada caja es una alegría y a la vez una congoja. Las tortafritas, el dulce de ciruelas, la yerba, algún escabeche, un budín. Imaginás a tu mamá armando la caja y protegiendo todo de los golpes con varias capas de papel de diario. Entendés en cada cosa esa preparación amorosa y tenés ganas de llorar.

Con el mate en mano te sentás de nuevo a la mesa en penumbras. En la pensión son varios pero tu compañero de Entre Ríos no aguantó y se volvió a su casa, así que por el momento está solo. Escuchás el ruido del tren y mirás el reloj. Faltan como dos horas para entrar a clase. Está oscuro ya, pero preferís caminar. Extrañás el silencio de tu pueblo a la tarde, esa luz brillante del sol reflejando el polvillo suspendido en el aire. Extrañás a tus viejos, a la abuela, a tu perro y te viene como una puntada en la garganta. Preparás la mochila y salís rumbo a la facu.

Imaginate que sobrevivís a esas angustias, a los interminables fracasos en los exámenes, a los días sin dormir, a las eternas horas de prácticas. Te imaginás también que cada logro y cada alegría borra todas las cosas anteriores y te pone de pie. Después te mudás con un amigo a un departamento luminoso. Un chico de Santiago del Estero que estudia lo mismo que vos, que vino de un pueblito que se llama La Banda. Le cantás esa canción que dice “desde La Banda he venido pisando sobre las flores, como soy muchacho tierno vengo rendido de amores”. Se ríe tu amigo, tu nuevo hermano de la vida, que las pasó como vos y con el que tanto se parecen. Algunas vacaciones lo invitás a tu pueblo y otras él te invita al suyo y las familias de cada uno son las familias de los dos.

Imaginate todo eso, todos los tropiezos, los arrepentimientos, esos días que no tenías para comer y tomabas sólo mate, e imagináte que, a pesar de eso, lo lográs. Que vienen tus viejos al acto de entrega de diplomas, que la abuela ya partió pero



que te acompaña en una fotito que siempre llevás en la billetera y en la manta de lana que te tejió cuando tenías diecisiete y que todavía abriga tus noches. Imaginate. Vos tenés como diez años más y ya te dejás la barba. Imaginate que desde arriba del escenario ves a tu mamá que no para de llorar, a tus hermanos, a tus sobrinos. Y ves a tu papá que mueve el bigote para que no se le note que está emocionado. Imaginate eso e imaginate volviendo a tu pueblo. ¿No que estaría bueno? Sería un muy buen plan.





Mónica de Torres Curth

Nació en Bariloche en 1961. Varias de sus obras han sido premiadas. Publicó cuatro libros de cuentos, uno de relatos breves, y también escribe narrativa para las infancias. Su obra *Wangelen* recibió recomendación de publicación en la convocatoria 2025 del Fondo Editorial Rionegrino. Algunas de sus obras para las infancias forman parte del catálogo "A leer, Río Negro", Serie: Literatura para las infancias, del Plan provincial de Lecturas Río Negro.

